

LOS PLANOS DE LOS COLEGIOS JESUÍTICOS DE LIMA, AYACUCHO Y SUCRE DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE FRANCIA

Carlos A. Page

Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Técnicas
Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad, Argentina
capage1@hotmail.com

Recibido: 15/04/2019
Aceptado: 25/05/2019

COMO CITAR/CITATION

Page, C. (2019). “Los planos de los colegios jesuíticos de Lima, Ayacucho y Sucre de la Biblioteca Nacional de Francia”. *Alteritas. Revista de Estudios Socioculturales Andino Amazónicos* (9): 247–262.

Resumen. Presentamos en este artículo los únicos tres planos de los colegios jesuitas del Perú que se conservan en la Biblioteca Nacional de Francia. Exponentes de una manera de hacer arquitectura que caracterizó a los jesuitas de principios del siglo XVII en lo que ellos llamaron el *modo nostro*. Un principio teórico aplicado a los tres casos presentados que corresponden a los únicos edificios registrados que se han conservado del Perú.

Palabras clave. Colegios jesuitas. Lima. Ayacucho. Sucre. Arquitectura jesuita.

THE PLANS OF THE JESUIT SCHOOLS OF LIMA, AYACUCHO AND SUCRE OF THE NATIONAL LIBRARY OF FRANCE

Abstract. We represent in the present article the only three planes of the Jesuit schools of Peru that are conserved in the National Library of France. Exponents of a way of doing architecture that characterized the Jesuits of the early seventeenth century in what they called the *nostro way*. A theoretical principle applied to the three cases presented that correspond to the only registered buildings that have been conserved

in Peru.

Keywords. Jesuit schools. Lima. Ayacucho. Sucre. Jesuit architecture.

Los domicilios urbanos y el “*modo nostro*”

Entre la llegada de los primeros misioneros a América hasta la expulsión, transcurrieron 218 años, donde los jesuitas levantaron innumerables edificios que podríamos clasificar genéricamente en colegios en ciudades españolas y reducciones de indios, para conformar su objetivo pastoral: educación y evangelización. Pero sería limitar demasiado el análisis, pues en las ciudades construyeron diversos edificios, con ciertas similitudes pero con funciones diferentes, que les fueron propias a sus actividades. Generalmente solo un **Colegio Mayor** (Universidad con enseñanza de Teología y Filosofía) se erigía en la capital de cada provincia y diversos **Colegios Menores** (enseñanza de gramática) en casi el resto de las ciudades. Cuando no llegaba a la categoría de estos últimos se levantaban **Residencias**. Pero la administración central de cada provincia contaba a su vez con **Casas Profesas** para los sacerdotes que habían profesado su cuarto voto de obediencia al Papa, **Noviciados** (*domus probationis, noviciatus*) para los jóvenes ingresantes, **Convictorios** (*domus convictorum*) para los estudiantes universitarios que no tenían residencia en la ciudad, **Casas de Ejercicios** para laicos (unos para hombres y otros para mujeres). La mayoría de estos eran sostenidos económicamente por estancias que a su vez contaban con **residencia, complejos habitacionales** para africanos esclavizados, **obrajes e iglesias** para el culto de sus esclavos. Siguieron los **beaterios** de mujeres, **casas redituales** o de rentas, **oficio de misiones o procuradurías** como centros comerciales de distribución. Finalmente las **reducciones** con un sistema mucho más complejo, pues se ciernen en centros urbanos, con una fuerte identidad y con tipologías arquitectónicas también propias o similares a las hispanas, adaptadas a la función urbana que cumplían y que contaban con Cabildo, residencia de los PP. Iglesia, viviendas para los indígenas, casas de viudas, etc.

Con toda esta importante variedad de “domicilios” diversificados, como respuesta a una intensa actividad pastoral, aún se relaciona la Contrarreforma con el Barroco, y hasta se impone la idea que *il Gesù* fue el modelo de las iglesias jesuitas. Pues nada más alejado de estas cuestiones que primeramente formuló Benedetto Croce en 1929 que identificó el triunfo del Barroco con el jesuitismo. Postura superada tanto por Galassi Paluzzi en 1951 como por Pierre Moisy en 1958, quienes se afirmaron en la hipótesis de la no existencia de un estilo jesuítico relacionado al Barroco y este con el arte de la Contrarreforma. Pero advirtieron la clara diversidad regional que por cierto evidenciaba cierta unidad y que fueron reafirmadas más recientemente por Richard Bösel en 1985 y Rodríguez G. de Ceballos en 2002 y su saga.

Ciertamente, el Barroco en las naciones latinas y aún en la Alemania católica fue la exaltación del catolicismo sin adoptar una ruptura total con el Renacimiento. Pio

Pecchiali en 1952 fue quien, al estudiar *il Gesù*, cuestionó la existencia de un arte jesuítico que ni siquiera se relaciona con la barroquización de la famosa iglesia romana surgida con las pinturas y estucos del joven Giovanni Battista Gaulli, junto con la capilla y sepulcro de San Ignacio de Andrea Pozzo¹. Reformas impuestas desde el generalato del P. Juan Pablo Oliva (1664–1681) que se prolongaron a los mármoles del Siglo XIX que transformaron su estética original manierista. Pues su origen parece provenir de la insistencia de San Francisco de Borja hacia Vignola, de seguir el diseño funcional de la iglesia colegiata de Gandía², donde los duques de Borja eran sus protectores. Un modelo gótico renacentista que se adaptaría bien para recibir la decoración pomposa del Barroco y que se había extendido entre las órdenes reformadas dedicadas a la predicación y pobreza (franciscanos, dominicos y otras).

Tanto los colegios como las residencias, se ubicaban en sitios preferenciales de la traza urbana y se componían de dos áreas fundamentales: una, la amplia iglesia para uso público y otra, un claustro generalmente dividido en, uno para enseñanza, actos académicos y disputas escolásticas, y otro para vivienda sometida a la clausura canónica; diferenciada de los sacerdotes, coadjutores y hasta novicios, cuando no tenían edificio propio con su exclusiva capilla, además de un ingreso independiente. Precisamente la entrada y portería a todo el complejo arquitectónico se hacía desde el atrio que presidía la iglesia, muchas veces extendido en una Plaza Menor, cuando no hacía frente a la Plaza Mayor como en Cuzco. Había comunicaciones entre los claustros, pues a veces compartían ámbitos comunes como el refectorio, los “lugares comunes” (baños), botica, biblioteca. Aunque esta última podría haber una en el Noviciado, otra en el Colegio y otra en la residencia. También se encontraban algunas salas destinadas a las reuniones de las tan difundidas congregaciones y otras a la práctica de los Ejercicios, hasta tanto comenzaron a construirse edificios especiales para esta función en el Siglo XVIII. No dejaba de haber un sector de servicio para huerta y viviendas de esclavos, donde podría haber bodegas, herrería, carpintería, etc.

Siguiendo esta descripción funcional arribamos a la confusión del “estilo jesuítico” de quienes estudian el Barroco y lo relacionan con la Compañía de Jesús, que recordemos nació en el siglo XVI y sus principios estéticos se acomodaron siguiendo el Renacimiento. Tampoco es exacto relacionar este lenguaje con la Contrarreforma del catolicismo, llevada a cabo en el Concilio de Trento (1545–1563), por más que

1 El genovés Gaulli era discípulo de Bernini y fue por su intersección que se lo eligió para las pinturas de toda la cúpula con sus linternas y pechinas, la bóveda central, ventanas y techos del transepto. La bóveda fue descubierta en la Nochebuena de 1679, pero siguió pintando hasta 1685. Mientras que el jesuita Pozzo, teórico del Barroco y también maestro de la técnica ilusionista que usaba Gaulli, se destacó notablemente en la iglesia de San Ignacio.

2 El inconcluso proyecto emprendido en 1417 quedó abandonado y fue auspiciado a fines del Siglo XV por doña María Enríquez, madre de Juan de Borja (II duque), obteniendo del Papa Alejandro VI, una bula para erigirla como parroquia de “Santa María de la Asunción” en iglesia “colegiada”, solicitud complacida el 26 de octubre de 1499. Al reiniciarse el templo con ese honor, quedó terminado en 1500 y se completaba con la hermosa fachada imafrente, la *Porta dels Apòstols*, de transición ya entre el estilo gótico y el renacentista, obra de los Forment.

los jesuitas tuvieran amplia participación.

De tal manera que los jesuitas no tuvieron un “estilo” propio, pues no existió una voluntad de imponerlo uniformemente en sus edificios, ni generaron instrucciones especiales de cómo hacerlos. Ni siquiera en las Constituciones, escritas por san Ignacio, se mencionan particularidades constructivas para sus ámbitos, que simplemente debían expresar humildad. Sin embargo, en la primera Congregación General que presidió el propio san Ignacio en 1558, en el decreto 34 se menciona: *De ratione aedificiorum*, donde se afirma esta idea con el enunciado “*Impóngase a los edificios de las casas y colegios el modo que nos es propio de manera que sean útiles, sanos y fuertes para habitar y para el ejercicio de nuestros ministerios, en los cuales, sin embargo, seamos conscientes de nuestra pobreza, por lo que no deberían ser suntuosos, ni curiosos*”. (Rodríguez G. de Ceballos, 2002: 22). A partir de entonces, aparece la idea del “*modo nostro*” (lo que nos es propio), circunscripto a un concepto funcional y no a un estilo artístico, que por el contrario estaba alejado de la suntuosidad y decoración del clasicismo y el manierismo renacentista imperante.

Para hacer cumplir este precepto, en la segunda Congregación General de 1565, que eligió general a san Francisco de Borja, se estipuló que se remitieran para su aprobación al prepósito general en Roma, las plantas de los proyectos edilicios a construir. La máxima autoridad jesuita enviaba estos proyectos a personal idóneo³ que se aseguraba cumpliera con los requisitos de utilidad, salubridad, orientación y sobre todo austeridad. Pero hasta entonces nada se expresa de lo morfológico, es decir que quedaba en libertad de cada nación y región la ornamentación de los edificios a la usanza de ellas.

Algunos provinciales se dieron cuenta que enviar planos a Roma para su aprobación se demorarían largo tiempo para comenzar a construir. De tal forma que en la III Congregación General de 1573 algunas provincias sugirieron que se realizaran modelos. Lo hizo el arquitecto jesuita Giuseppe Valeriano en un tratado sobre los edificios hoy perdido. Mientras el P. Giovanni Di Rossi confeccionó seis planos para iglesias estándares de planta rectangular. El general Mercuriano envió en 1580 a Aragón, una instrucción detallada sobre el uso de los planos estándar. Pero su sucesor el P. Aquaviva abandonó la idea de los planos modelos y puso en práctica las prescripciones de la II Congregación General, además de ordenar que se enviaran los planos por duplicado, para que uno quedara en el archivo de Roma y el otro se devolviera con correcciones si las hubiera. No obstante desde los países de ultramar

³ En los primeros tiempos lo fueron los manieristas arquitectos Giovanni Tristano (1515-1575) y Giuseppe Valeriano (1542-1596). Ambos fueron enviados a Roma, el primero en 1556, donde participó como consejero del general entre 1558 y 1575, siendo quien impuso las iglesias de una sola nave en cruz latina, propiciado luego por Vignola. El segundo trabajó en España y regresó a Roma, donde diseñó el Colegio Romano, los de Nápoles y Génova entre otros, como a su vez pintó iglesias como la capilla de Santa María della Strada en Roma. También fue enviado a Baviera colaborando en Sankt Michael en Munich. Fueron sucedidos por los P. De Rois, entre 1586 y 1609 y luego por el P. Orazio Grassi, profesor de matemáticas del Colegio Romano, junto a su colega Christophe Grienberger. De tal forma que a partir de la mitad del siglo XVII, quien revisaba los planos era el profesor de matemáticas romano.

llegaron a enviarse hasta cuatro copias (Vallery–Radot, 1960: 12). Son del caso, duplicados que quedaron en Roma, los proyectos de los colegios de Lima, Ayacucho y Sucre.

Pocos son los planos de la colección francesa que llevan cortes o elevaciones, menos fachadas y perspectivas. Los proyectos así transmitidos llevan en la parte posterior, la indicación 1a. vía y 2a. vía (es decir distintas fechas y rutas de envío). Tomamos nota de estas dos menciones en los proyectos conservados en duplicado de los colegios peruanos de Huamanga y Lima. Finalmente diremos que los planos fechados y firmados por sus autores son excepcionales.

Los planos de la biblioteca francesa

Pero mientras entre los jesuitas de Europa no era nada habitual la construcción de iglesias basilicales, como recomendaba San Carlos Borromeo entre otros, en América, especialmente entre los guaraníes, se hicieron hasta de cinco naves (por ejemplo Concepción del coadjutor milanés J. B. Prímoli).

Los jesuitas europeos preferían templos de una sola y amplia nave por una cuestión funcional, pues respondía mejor para sus ministerios y los propios de la Contrarreforma, como la predicación y la administración de los sacramentos.

Con este requerimiento se llegó a formar una interesante colección de planos que, aunque mermada en poco más de un millar, se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia y su catálogo fue publicado en 1960 por Jean Vallery–Radot con una prolija introducción suya. De la Asistencia de España en América, solo se conservan planos de la provincia de Perú (Colegios de Lima, Huamanga y Sucre), México (Puebla), y Chile (Santiago). No así de Paraguay y Nueva Granada y de la Asistencia de Portugal se archiva un plano de Brasil (Río de Janeiro).

El gusto por el Barroco comenzó a imponerse lentamente y con ello se inclinaron a la búsqueda de efectos visuales que provocaban costosos ornamentos y que representaban la Iglesia triunfante. Pero los jesuitas no adhirieron a estas ideas, hasta la llegada del general Juan Pablo Oliva (1664–1681). Pues bastaría decir que era amigo personal de Bernini y lo colocaba en una situación de sensibilidad especial por la estética Barroca, como lo demuestran sus escritos. Transgresión que justificó reinterpretando que el “*modo nostro*” se refería a las residencias y no a los templos que debían “alcanzar la sublimidad de la omnipotencia eterna de Dios con tanta pertenencia de gloria como podamos conseguir” (Haskell, 1972: 60). De allí que los proyectos que se remitían a Roma, desde aquel momento debían ser acompañados por el orden arquitectónico y los ornatos con que contarían. Pero no había una intención de favorecer la ostentación, sino por el contrario, de regularla, pues los ricos benefactores que aportaban el dinero para la construcción de las iglesias, caprichosamente competían entre sí para ver quien ornamentaba los templos con más riquezas decorativas. Por cierto que en América esta condición va a depender de las economías regionales, donde no siempre hubo fundadores o bienhechores

que aportaran a la creación de un colegio, aunque para ello fuera fundamental y requisito impuesto en las Constituciones.

Esta expansión del arte Barroco que comienza un poco antes del inicio del siglo XVIII, en el generalato del P. Oliva, no siempre va a ser lineal y tendrá sus detractores en América como el temperamental general Miguel Ángel Tamburini (1706–1730) quien no se cansará de ordenar que sean austeros en las construcciones. Así por ejemplo, escribía contundentemente en 1713 para el Paraguay: “*De qué sirve sino de mostrar una gran falta de pobreza, e igual vanidad un patio de 300 pies geométricos en cuadrado, un refectorio de 50 pasos, dorado el techo, cuarenta gradas de terraplén, y esto cuando no se han hecho según a mandado el rey, casas para que vivan los indios?*”. Entonces, reitera la orden manifestando que en lo sucesivo: “*las fábricas que de nuevo se hicieren, se observe la religiosa moderación, para que en caso de ser visitadas las Doctrinas, nada se encuentre que desdiga de mucho estado*” (Page, 2013: 253).

Los planos de la Biblioteca Nacional de Francia fueron adquiridos en el Colegio Romano por Jacques Laure Le Tonnelier (1723–1785), alguacil de Breteuil y embajador en la Santa Sede (1759–1777), en 1773, año de la supresión de la Compañía de Jesús. Luego de la muerte del considerado “*protecteur des arts français*”, sus colecciones fueron subastadas en 1786. Entre ellas se encontraban los cinco volúmenes de dibujos originales de los jesuitas. Posteriormente, y por intermedio del arquitecto François-Joseph Bélanger (1744–1818), entraron en las colecciones del *Cabinet des Estampes*, el 18 de marzo de 1788.

Constituyen, como dijimos, más de un millar de planos de proyectos para instituciones de la Compañía de Jesús, dividida entre las diferentes Asistencias y fechadas entre fines del siglo XVI y el primer tercio del siguiente⁴. Fueron catalogados en francés a fines del siglo XVIII, posterior a la adquisición, por el escribano Bourde de la Rogerie. Vallery-Radot, se basa en ese y el del P. Edmond Lamalle, que confeccionó un inventario que se encuentra en el ARSI. Reelabora todo el catálogo en base a las Asistencias y Provincias, incluyendo una breve historia de la institución y una bibliografía, descripción y comentarios del plano como técnica, dimensiones, etc.

Los colegios de Perú. Lima

Para la reconstrucción de la historia de estos complejos arquitectónicos contamos con varias obras, algunas de ellas inéditas, como la del P. Jacinto Barrasa (1674). Otras contemporáneas a los antiguos jesuitas como la Relación anónima que publicó el P. Mateos (1944), la del P. Oliva (su edición se aprobó en 1630, aunque recién se publicó parcialmente en 1895). O documentales como la *Monumenta* del P. Egaña (1961–1986) y por cierto las valiosas referencias de los PP. Torres Saldamando (1882), Astraín (1909–1914) y Vargas Ugarte (1963–1965) y muchos otros que se

⁴ Los más antiguos datan de 1550 y los más recientes de 1740. Pero mayoritariamente son entre 1580 y 1640.

basaron en ellos. Pero también en el ARSI, en la sección Perú, se pueden encontrar valiosos documentos posteriores a los publicados por Egaña, desde Cartas de Generales a las Cartas Anuas.

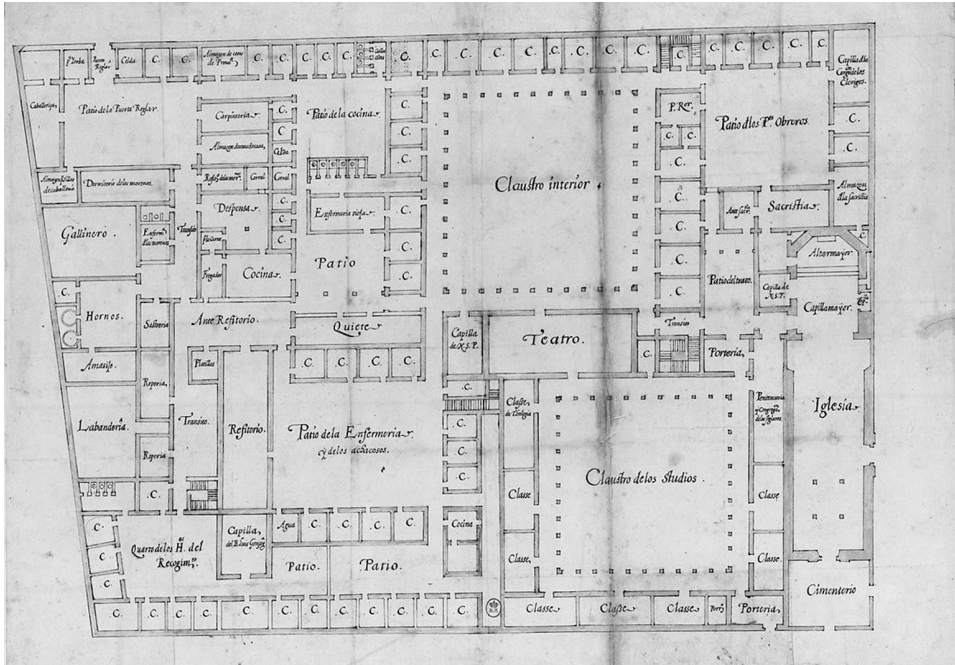
El primer domicilio de los jesuitas del Perú fue **Lima**, donde residía el virrey, la Real Audiencia, la sede episcopal y la Universidad de San Marcos, creada en 1551 y cuyas lecciones comenzaron seis años después. El Lic. Lope García de Castro, estando a cargo de la gobernación y a su vez como presidente de la Real Audiencia de Lima, fue quien con el parecer del P. Jerónimo Ruiz de Portillo, escogió un solar distante tres cuadras de la plaza y lo cedió a la Compañía de Jesús el 17 de abril de 1568. Mientras construían su casa, los jesuitas siguieron en la de los dominicos y levantaron una pequeña iglesia provisoria, de una sola nave, que quedó habilitada el 30 de junio de 1568, por obra del maestro de obras y sobrestante, que era el mismo provincial que dirigía a los oficiales carpinteros y africanos esclavizados que enviaban los vecinos. Junto a la iglesia edificaron el refectorio, cocina y despensa, ropería, enfermería y librería, además de 12 habitaciones (Vargas Ugarte, 1963a, I: 45–46) donde instalaron una escuela de gramática.

El mismo Ruiz de Portillo pretendió una iglesia de mayores dimensiones y colocó su piedra basal en 30 de junio de 1569 (fiesta de San Pablo Apóstol), en un singular acontecimiento festivo que contó con la presencia del obispo Loayza, quien celebró la misa. Este edificio es el que corresponde al plano de la biblioteca francesa, que fue publicado por primera vez por Harold Wethey en 1949 (:135–136).

La obra demandó más esfuerzo y recién se consagró a principios de 1574, tiempo en que el P. Portillo informara que *“ha salido tan capaz y tan agraciada”* como las mejores del Perú, agregando que *“assido cosa de admiración verla hecha, y gran consuelo para el pueblo venir a ella”*. Pues el día de la Circuncisión en que se llevó el Santísimo Sacramento, se produjo la celebración; concluyendo el provincial al respecto que *“tiene el altar mayor dos colaterales pequeños, en dos arcos, en donde tenemos dos preciosos thesoros de Roma”*, refiriéndose a unas reliquias que se enviaron al colegio. Agrega que fuera del templo, se concluyó la casa: *“como es el patio o claustro, que está muy apreciable y capaz, y también escuelas y algunas celdas”*, además de una huerta *“con sus aposentos y oficinas”* (Egaña, 1954, I: 701–702).

Justo en la esquina se ubicaba el cementerio por donde había que pasar para ingresar a la iglesia, o bien por otro ingreso ubicado en la calle lateral. Mientras que al colegio se lo hacía por la otra calle, donde la entrada era presidida por una portería que daba al “claustro de los estudios”, donde una galería perimetral daba ingreso a las aulas. El plano incluso indica dónde era la clase de Teología, el teatro y una habitación para la congregación de seglares. Detrás de la iglesia, e ingresando por el claustro señalado, se pasaba al “Patio de los Padres Obreros”, donde estaba la sacristía y demás habitaciones que incluían la oficina del rector. Hacia la izquierda y detrás del claustro principal, se encontraba el “claustro interior” donde residían los padres. Todo este sector quedaba fragmentado del otro, donde se ubicaba el “patrio de la enfermería y los achacosos”. Allí estaba el refectorio, cocina, despensa, hornos,

lavandería, sastrería, ropería y más allá baños, carpintería, caballeriza, gallinero y un gran “dormitorio de los morenos”. Tenía una segunda planta en algunos sectores. Pues no solo lo indica el plano con sus escaleras, sino que para 1586 cuenta el P. Barrasa que el temblor de aquel año: “*A nuestro colegio se le cayeron los altos, i la techumbre de la iglesia*” (Barrasa, 1678: 148) (ver Plano 1).



Plano 1: Source gallica.bnf.fr/Bibliothèque National de France.

Luego de los arreglos convenientes, siguió siendo escaso el espacio y se edificó una nueva iglesia, perpendicular a la anterior, que es la actual. La decisión se tomó en la congregación de 1618, al enviar como procurador a Roma al P. Nicolás Durán Mastrilli, quien al regresar en 1623 y ser designado rector del colegio de San Pablo, dirigió las obras de acuerdo a los planos que trajo de la casa profesa de Roma “*para que sirvieran de modelo en la construcción que se proyectaba hacer para sustituir el que había edificado el Provincial Gerónimo Ruiz de Portillo*” (Torres Saldamando, 1882: 195).

Aunque poco avanzó el jesuita italiano, pues se lo destinó al Paraguay como provincial, y la piedra basal la colocó su sucesor el P. Diego de Torres Vázquez, que según se informó en 1638 a los superiores en Roma, se concluyó: “*al fin Padre nuestro este edificio se á acabado todo de cal y ladrillos y a salido no solo de lo mejor de la ciudad sino el mejor della fuera de la catedral*”, agregando es “*de tres naves a que corresponden tres puertas en la fachada de hermosissimo cruzero y grande presbiterio y altar mayor capaz*”²⁵ y sigue la larga descripción que escapa de nuestro tema. Pero

no podemos soslayar que Vargas Ugarte señala que esta nueva planta de la iglesia excepcionalmente corresponde al Gesù, con algunas modificaciones, y que fue consagrada el día de san Ignacio de 1638 (Vargas Ugarte, 1963b: 22–23).

Ayacucho

Varios jesuitas predicaron por Huamanga antes que se establecieran. Desde el P. Portillo en 1570, además de los PP. Juan Gómez, Diego Zúñiga, Juan Romero y Gregorio de Cisneros. Este último, que residía en Cusco, motivó a la comunidad huamanguina para que solicitaran que los jesuitas tuvieran una residencia. Transcurrió el año de 1604 cuando se sumó el P. Juan de Ávila, en tanto que el Cabildo secular escribió al visitador Esteban Páez e interesó al obispo de Cusco D. Antonio de Raya, quien no solo aplicó a la fundación 40.000 pesos, sino que les donó su biblioteca e instó a los vecinos que ayudaran económicamente a los jesuitas. Aceptada la donación por el P. Páez, el 15 de agosto de 1606, se tomó posesión de las tierras donde se construiría el edificio del colegio, distante una cuadra de la plaza. El P. Juan Aller celebró una misa en la improvisada capilla y fue designado primer rector, quien abrió las clases de Gramática y Humanidades en la Iglesia Mayor, por carecer el colegio de local. Igualmente en esta iglesia predicaban sus sermones y celebraban los jesuitas sus festividades. Pero al morir el obispo en 1606, se dejó inconclusa la donación. Aunque no faltaron compras y generosas donaciones posteriores de casas linderas (Mancilla Mantilla y Conoc Flores, 2018: 67). Efectivamente, en la Carta Anua de 1612, que firma el provincial Juan Sebastián de la Parra, se expresa: “*haze hecho un buen refectorio, y algunas celdas*”⁶. Entre ellas la casa continua del capitán Delgadillo, donde se edificó la capilla de Loreto o de indios, cuya entrada era por las calles de la iglesia y junto a ella, comunicadas por la nave. (Vargas 1963a: 278–279. Barrasa, 1678: 255–256. Astraín, 1913: 547).

En la época que escribió el P. Jacinto Barrasa (después de 1674) expresa en su libro del colegio “*con el socorro y limosna considerable que le ha aplicado un Padre de los nuestros comienza a levantarse y tener forma que se espera muy hermosa y acomodada*” (Barrasa, 1678: 260). Pero al parecer, la iglesia y seguramente unos cuartos adjuntos, se inició en 1628, colocando la primera piedra el obispo Francisco Verdugo (Vargas Ugarte, 1963b: 57). La obra continuó y la bóveda se cerró en 1646, concluyéndose el templo en 1649, gracias al activo rector, el arequipeño P. Francisco de Morales. Efectivamente, en la Carta Anua 1627–1628, se afirma: “*Comensose la iglesia en buen sitio*”, con la ayuda de los indios, agregando: “*Puso el Señor obispo acompañado de la clerecía, religiones y ciudad la primera piedra y exorto a todos a que ayudasen a la Compañía pues todos devian sentirse obligados*”⁷.

⁵ ARSI, Perú 15, Carta Anua del P. Antonio Vázquez del 25 de mayo de 1638, f. 100.

⁶ ARSI, Perú 13. Peruana Litterae Annuae. Tomus II 1606-1612, Carta Anua de 1612, ff. 145-145v.

⁷ ARSI, Perú 14, Peruana Litterae Annuae 1613.1628, Carta Anua del P. Diego de Torres Vázquez del 30 de mayo de 1629, ff. 190v-110.

Como en el resto de los casos se desconocen los arquitectos intervinientes, pero en Ayacucho en particular, se conoce al cantero Juan Ochoa de Cárdenas como obrero de la construcción, de acuerdo al contrato que celebró con el rector P. Agustín de Aguilar en el mencionado año de 1645. Allí se escribe que se construirá una “*iglesia nueva*” (Mancilla Mantilla y Cconocc Flores, 2018: 74). Por tanto había otra antes, aunque difícilmente fuera la precaria de sus inicios. De hecho el contrato con el carpintero Álvaro Magán, es dos años anterior al de Ochoa (Mancilla Mantilla y Cconocc Flores, 2018: 79). En la Anua de 1641–1643, al describir la obra de la capilla de indios, adjunta a la mayor, se expresa de ella “*en menos de seis meses que se abrieron los cimientos están ya para labrar la bobeda de cal y canto, de lo mismo se esta labrando nuestra yglesia que se empezo porque la otra amenazaba ruina abra poco mas de un año y es que en esta esperamos en dos podrá servir el cuerpo y crucero de ella*”⁸. Para el año 1646 seguía en obra: “*Hacese la Yglesia de nuevo de cal i canto, ya se va cubriendo de voveda*”⁹. Por ese tiempo se envió al H. Nicolás de Villanueva, seguramente por pedido del P. Morales (Vargas Ugarte, 1963b: 57). En la Anua de 1648 se insiste que la anterior amenazaba ruina y “*Hase cubierto ya de bóveda todo el cuerpo de ella y tratase de proseguir la Capilla mayor de la misma obra*”, aunque no era fácil juntar el dinero que se necesitaba a pesar de contar con las rentas de tres haciendas, una de azúcar y miel, otra con una viña y la tercera con maíz y trigo¹⁰.

Las Anuas reflejarán la continua labor constructiva incesante del colegio y en la de del periodo 1678–1680 se escribe: “*Haze reformado grandemente el Colegio de Guamanga en la fabrica de la casa, con un hermoso claustro, y varias celdas que le han hecho en que ha empleado su buen zelo el Padre Josph Varela aplicando pare el efecto todo lo necesario de la legitima que de sus padres heredó*”¹¹.

La planta de la iglesia del plano de París es de nave única, de cruz latina, con crucero saliente, como es en la actualidad, aunque el conjunto tuvo algunas modificaciones, entre ellas las torres del siglo XVIII como señalan todos los autores que la han estudiado con detenimiento. El dibujo del proyecto, es de la misma mano que el de Chuquisaca y en este caso se presentó original y copia. A la izquierda del atrio se abre actualmente la portería de ingreso al colegio, que en el plano de París era parte del sitio de la capilla de indios y al claustro se entraba directamente por la calle del frente. Pasado el zaguán se accedía al claustro o patio principal donde había habitaciones para las congregaciones, celdas, ropería y oficina del rector. Unas escaleras conducían a la planta alta y un pasillo comunicaba hacia dos patios divididos por el refectorio, y hacia atrás una gran huerta. Desde el primer patio también se conducía

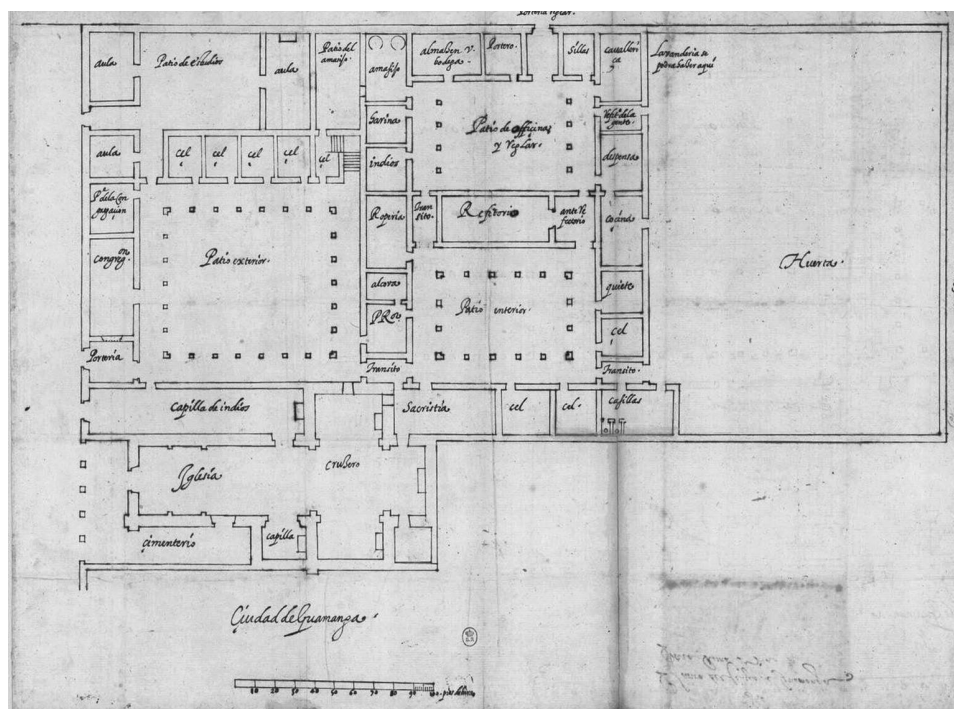
⁸ ARSI, Perú 15, Annuas 1630-1650. Carta Anua de 1641-1643, del P. Bartolomé de Recalde, el 20 de mayo de 1644, f. 180v.

⁹ ARSI, Perú 15, Annuas 1630-1650. Carta Anua de 1646 del P. Francisco Lupercio de Zur-bano, del 12 de julio de 1647, f. 205v.

¹⁰ ARSI, Perú 15, Annuas 1630-1650. Carta Anua de 1648 del P. Francisco Lupercio de Zur-bano, sin fecha, f. 223v.

¹¹ ARSI, Perú 17, Anuas 1678-1758, Carta Anua de 1680 del P. Francisco del Cuadro, sin fecha, f. 22.

a otro más pequeño: “Patio de los estudios”, con ingreso independiente hacia la calle y donde se ubicaban tres aulas (ver Plano 2).



Plano 2: Source gallica.bnf.fr/Bibliothèque Nationale de France.

Sucre

Luego de la fundación del colegio de la Paz y la universidad del Cusco, llegó la de San Francisco Javier de Sucre (**Chuquisaca**). Se originó en las misiones comenzadas en 1591 por los PP. Manuel Vázquez y Antonio de Vega (Barrasa, 1678: 180–189. Astraín, 1613, IV: 523–524). Por problemas con las otras cuatro órdenes religiosas que se distribuían en los cuatro cuadrantes de la ciudad, debieron buscar un amigo que comprara en su nombre una pequeña casa a una cuadra de la plaza, en la parte occidental. Se acomodaron en ella, siendo la sala principal su capilla donde se colocó una campana y se le dio advocación a Santiago Apóstol. Con el tiempo se compraron las casas adyacentes y se comenzó con las clases de casos de conciencia, gramática y lengua aymará. Numerosos bienhechores, descritos por el P. Barrasa y entre los que se cuentan el obispo y el Cabildo, contribuyeron al crecimiento temporal, siendo considerado fundador el Lic. Juan Fernández de la Rocha, quien en 1615 aportó cincuenta mil pesos, de los cuales 30 mil eran una viña y lo restante en dinero.

En la Anua de 1612 relata que al haberse desendeudado el colegio en más de seis

mil pesos ha “*dado principio a su iglesia de que tenia muy gran necesidad*”¹². En la siguiente de 1613 aclara: “*Teniamos grande necesidad de iglesia por ser la que avia muy incapaz y a favorecido nuestro Señor la obra con 7 mil pesos de limosnas con que se esta adelantando mucho una nueva y se espera que en favor de dios presto de acabara*”¹³. El templo se concluyó en 1617 y en la Pascua de 1620 fue consagrado, mientras que una década después, el P. Francisco Castells, maestro de arquitectura, inició la construcción de dos lados del patio principal de arquerías y columnas toscanas, aunque la obra quedó temporalmente inconclusa.

En 1621 el procurador general del Perú P. Alonso Fuertes de Herrera, en nombre del provincial Juan Frías Herrán, solicitó al príncipe de Esquilache, la licencia para la creación del colegio. Se concedió y se le dio el título de Colegio Real del Señor San Juan Bautista, bajo el rectorado del P. Luis de Santillán. Dos años después solicitaron al Cabildo auxilio económico para la construcción del edificio. Concedieron 800 pesos y viajó a Chuquisaca el provincial Frías Herrán quien le concedió sus Constituciones. El local escogido estaba junto al colegio, para lo cual se compraron las casas adjuntas, adquiridas a Martín Barba Berdugo y doña Juana Palomeque de Meneses. Se realizó la toma de posesión y se abrieron sus puertas en solemne acto el 27 de marzo de 1624 con el patrocinio de San Francisco Javier y con la facultad de otorgar grados académicos, acogiéndose a la Bula de Gregorio XV de 1621.

La Carta Anua que abarca el periodo 1632–1634, expresa que han juntado de limosna la suma de \$1.800 con los que: “*anse acabado tambien dos quartos muy hermosos con columnas de piedra muy paresida a mármol y todo el enmaderamiento de cedro*”¹⁴. En la del siguiente período que se conserva, 1639–1640, se construyó una habitación “*muy lucida y capaz se asentado una librería*”, a la que se le sumaron varios libros y “*esta oy una de las mejores de la provincia*”¹⁵. Esta documentación nos va indicando los lentos avances en su construcción, desde los retablos, bóvedas, sacristías y demás¹⁶.

La planta de la iglesia de Chuquisaca que se encuentra en París es similar a la planta de la iglesia de Osuna, cuyo autor es el arquitecto jesuita Pedro Sánchez. Es una iglesia transversal a la calle que se ingresa por el cementerio y cuya nave única con crucero y cabecera plana, está flanqueada por dos capillas, y la sala reservada para las confesiones que se ubica del lado del Evangelio (ver Plano 3).

Del otro lado de ese ingreso se encuentra la cárcel de la ciudad. La única escalera que se registra es la que podría conducir a la torre. Por el mismo atrio–cementerio

¹² ARSI, Perú 13, Peruana Litterae Annuae. Tomus II 1606-1612, Carta Anua de 1612 sin firma ni fecha, f. 144.

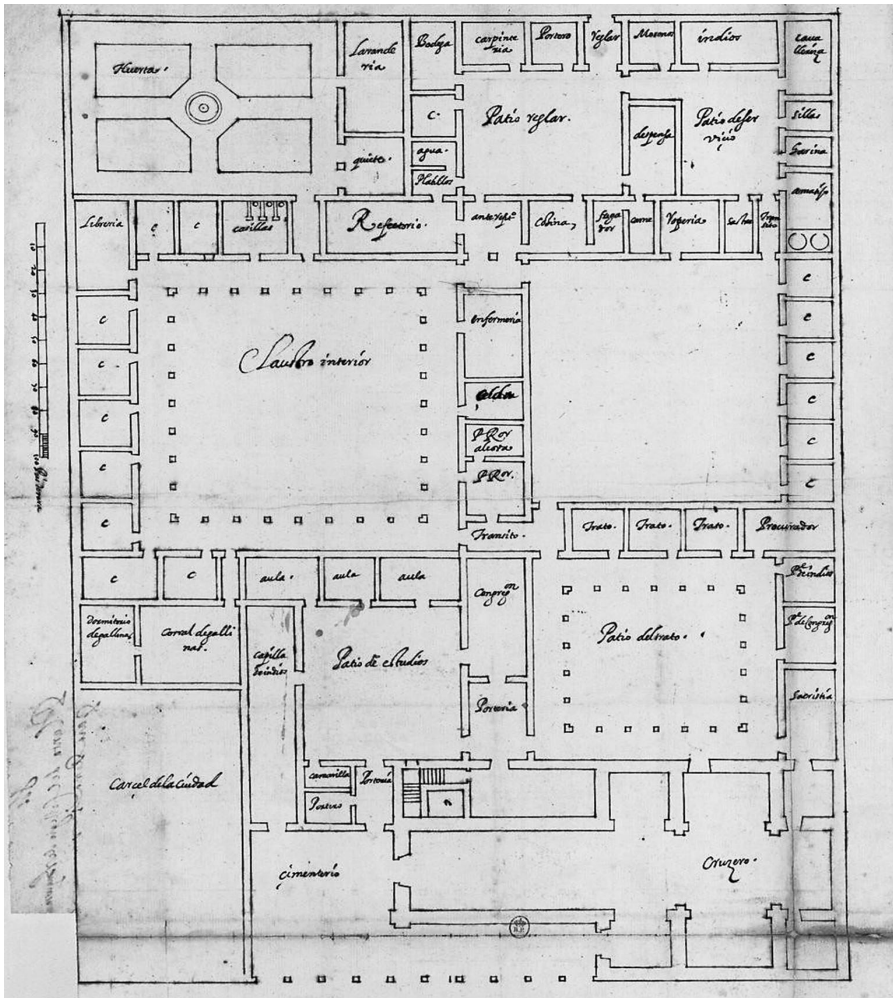
¹³ ARSI, Perú 14, Peruana Litterae Annuae 1613.1628, Carta Anua 1613 sin firma ni fecha, ff. 32v-33.

¹⁴ ARSI, Perú 15, Anuas 1630 a 1650. Carta Anua 1632-1634, firmada por el P. Antonio Váz-quez el 28 de mayo de 1635, f. 41v.

¹⁵ ARSI, Perú 15 Anuas 1630 a 1650. Carta Anua 1639-1640, firmada por el P. Mastrilli Durán, el 26 de mayo de 1641, f. 170v.

¹⁶ ARSI, Perú 15, Anuas 1630 a 1650. Carta Anua 1641-1643, firmada por el P. Bartolomé de Recalde el 20 de mayo de 1644, f. 186v-187.

se ingresa a la capilla de indios y a la portería que se abre al “Patio de estudios”, donde hay una puerta a la capilla de indios, además de tres aulas y un salón para las congregaciones que se ubica junto a un zaguán que conduce al “Patio del trato”, rodeado de una galería. Detrás de estos patios se encuentran otros dos, donde se define uno como “claustro interior” con galerías y donde se encuentran la enfermería, habitación del rector, además de baños (casillas), refectorio y biblioteca. El otro patio no tiene galería y se ubica la cocina, que conecta con el refectorio mediante el anterefectorio, despensa, ropería, sastrería y celdas. Finalmente y en una misma dirección se encuentra de izquierda a derecha la huerta, lavandería, bodega que dan a un patio con además una carpintería y entrada de servicio. Otro pequeño patio tiene unas habitaciones para morenos, otra para indios y despensa.



Plano 3: Source gallica.bnf.fr/Bibliothèque Nationale de France.

Conclusiones

Las casas de la orden llevaban indefectiblemente un patio o jardín que contribuía a la meditación y donde se abrían aulas adaptaban a los métodos de enseñanza y demás habitaciones de uso interno. En casos como en el de Lima tenía su propio teatro. Siempre se estructuraban al menos en dos bloques, uno para la enseñanza, donde también podía haber salones congregacionales y otro para la comunidad, con enfermería, biblioteca, etc., sin faltar en ocasiones el patio de servicio, donde iban despensa, corrales y habitaciones para esclavos. Excepcionalmente en Chuquisaca se ubican adjuntas dos habitaciones, una para morenos y otra para indios, que con el tiempo quedaría vedada esa relación.

Toda esta estructura edilicia era acompañada de la iglesia que debía cumplir funciones internas al colegio y externas a la ciudad, de allí que se ubicara en uno de los lados del patio principal donde se encontraba el ingreso de los internos, generalmente en el crucero (Huamanga y Sucre). Aunque no se aprecian en las plantas, algunas iglesias contaban con tribunas a las que se accedía desde la planta alta y eran para uso interno. En el caso de la iglesia de Lima y Ayacucho contaba con un local separado llamado penitenciaría que era el sitio para escuchar confesiones. En algunos casos europeos se diferenciaban en locales para confesiones de mujeres y otro de hombres. Otra particularidad para el caso americano son las capillas independientes de indios que bien muestra la de Ayacucho y Sucre, como en el caso de la iglesia de Puebla en México. Tanto en Lima como en Chuquisaca se ingresaba a la iglesia pasando por el cementerio, la de Ayacucho lo tenía al costado.

Obviamente esta distribución responde a las abadías y en los palacios renacentistas italianos, partiendo del modelo del Colegio Romano del H. Giovanni Tristano, que no es otro que el mentado *modo nostro*. Es decir el programa teórico que encontró fácil adaptación en la práctica.

Prevalen por este tiempo las iglesias de nave única, para facilitar la audición del predicador, con crucero las de Huamanga y Sucre, y todas con dos capillas laterales, excepto la de Ayacucho que solo tiene una. Siempre ajustándose a los usos de la liturgia y culto que impuso la Contrarreforma.

La colocación de la piedra basal fue siempre un acontecimiento de envergadura, cuya ceremonia presidía el obispo con la presencia de todas las autoridades civiles y eclesiásticas. Junto con la consagración del templo era una fiesta especial del calendario litúrgico cuidadosamente escogido.

Las obras siempre fueron lentas por la escases de recursos y ante proyectos ambiciosos. En este sentido los fundadores tenían un papel especial para el futuro colegio, pues si no lo tenía no se podía concretar, según lo establecido en las Constituciones de la Compañía de Jesús.

La expresión de “estilo jesuita” fue confundida durante mucho tiempo con el Barroco, cuando en realidad y al decir de los estudios que comenzó Louis Serbat de las iglesias de los Países Bajos que titula: “la arquitectura gótica de los jesuitas del

siglo XVII” (*Vallery–Radot, 1960: *68*). Pero en realidad no existió oficialmente tal estilo, sino que se adaptó a las tradiciones y usos de cada lugar como en los casos presentados.

Bibliografía

- Astraín SJ, Antonio (1909). *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Tomo IV, Aquaviva 1581–1615 (1613). Tomo II, Laínez – Borja, 1556–1572. (1914). Tomo III, Mercurian–Aquaviva, 1573–1615. (1913) Tomo IV, Aquaviva (Segunda Parte) 1581–1615.
- Barrasa SJ, Jacinto (1678). *Historia eclesiástica de la provincial del Perú de la Compañía de Jesús*. (Copia mecanografiada en la Biblioteca Nacional de Perú, A620).
- Bösel, Richard (1985), Jesuitenarchitektur in Italien (1540–1773). *Die Baudenkmäler der römischen und der neapolitanischen Ordensprovinz*. Viena: Verlag Österreichische Akademie der Wissenschaften.
- Croce, Benedetto (1929). *Storia dell'età barocca in Italia*. Bari: Laterza.
- Egaña SJ, Antonio. *Monumenta Missionum Societatis Iesu Vol XXVII. Missiones Occidentales. Monumenta Peruana* (II, (1581–1585) Roma 1961a; III (1581–1585) Roma 1961b; IV, (1586–1591) Roma, 1966; V (1592–1595) Roma, 1970; VI (1596–1599) Roma, 1974; VII (1600–1602) Roma, 1981; VIII (1603–1604) Roma 1986.
- Galassi Paluzzi, Carlo (1951). *Storia segreta dello stile dei gesuiti*. Roma: F. Mondini.
- Haskell, Francis (1972). “The Role of Patrons: Baroque Style Changes”. En: *Baroque Art: The Jesuit Contribution*, Rudolf Wittkower and Irma B. Jaffe (eds.), New York: Fordham University Press, pp. 51–61.
- Mancilla–Mantilla, Raúl y Conoc Flores, Doris (2018). “Artífices del templo de la Compañía de Jesús en Huamanga colonial, Perú”. *Alteritas, año 7*, N° 8 pp. 65–85.
- Mateos SJ, Francisco (1944a). *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú. Crónica Anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones que la Compañía de Jesús en los países de habla española en la América Meridional. Tomo 2. Relaciones de Colegios y Misiones*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Moisy, Pierre (1958). *Les églises des jésuites de l'ancienne Assistance de France*. Roma: Institutum Historicum S.I.
- Oliva SI, Anello, (1895) [1598]. *Libro primero del manuscrito original del R.P. Anello Oliva SJ. Historia del reino y provincias del Perú, de sus Incas Reyes, Descubrimiento y Conquista por los españoles de a Corona de Castilla con otras singularidades concernientes á la Historia*. Juan F. Pazos Varela y Luis Verela y Obregozo (eds). Lima: Imprenta y librería de San Pedro.

- Page, Carlos A. (2013). “Las cartas de los generales Tirso González y Miguel Ángel Tamburini para la provincia del Paraguay”. IHS. *Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, Córdoba, Vol. 1, N° 1, pp. 248–321.
- Pecchiai, Pio (1952). *Il Gesù di Roma descritto ed illustrato*. Roma: Società grafica romana.
- Rodríguez G. de Ceballos, Alfonso (2002). *La arquitectura de los jesuitas*. Madrid: Edilupa Ediciones.
- Torres Saldamando SJ, Enrique (1882). *Los antiguos jesuitas del Perú. Biografías. Apuntes para su historia*. Lima: Imprenta Liberal.
- Vallery–Radot, Jean (1960). *Le redueil de plans d'edices de la Compagnie de Jésus conservé a la Bibliothèque Nationale de Paris*. Roma: Institutum Historicum SI.
- Vargas Ugarte SJ, Rubén (1963a–1965). *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*. 4 v. Burgos, Imprenta Aldecoa.
- Vargas Ugarte SJ, Rubén (1963b). *Los jesuitas del Perú y el arte*. Lima: Librería e imprenta Gil.
- Wethey, Harold E. (1949). *Colonial Architecture and Sculpture in Perú*, Cambridge: Harvard University Press.